

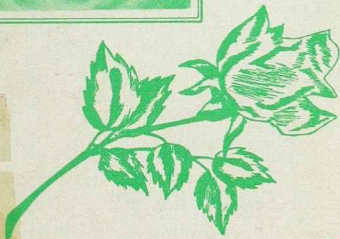
45744

E861

0.1870



Rosas de Mayo



1993

Pm 14588 (Lucy)

45744

E861.4

2482



UNIVERSIDAD DE CUENCA

Rosas
de
Mayo



410 =

1993

LIMINAR

Durante los meses de abril y mayo, la región austral del Ecuador ha sufrido enormemente por el devastador represamiento de las aguas del río Paute en el sector del Tahuall. Desde lejos, nuestro querido ex Rector de la Universidad de Cuenca, Doctor Gabriel Cevallos García nos recuerda que en esa zona destruida por la naturaleza había una singular imagen de María, a quien invoca en una sencilla oración. A sus palabras hemos unido bellísimas poesías marianas y un discurso que sigue teniendo actualidad sobre la Virgen, Sede de la Sabiduría, del magnífico escritor Manuel María Palacios Bravo.

Quienes organizamos la fiesta de la Reina de la Universidad queremos que la lectura emocionada de tan bellas composiciones se transforme en una gran oración universitaria para lograr de Dios en todos nosotros más fe, esperanza y sobre todo, amor.

Cuenca, mayo de 1993

ORACION A LA VIRGEN DEL TAHUAL

Bendita Madre de Dios:

Muy temprano, en los comienzos de este siglo, un artista devoto y casi olvidado, Jorge Landívar González, halló entre las rocas del Tahual, desgalgada, una lasca de dura piedra, exacta y perfecta, tanto que le llamó a pintar sobre ella tu Bendita Imagen. Luego el artista, bajo un dosel de rocas imponentes, como en un templo abrupto, entronizó tu efigie fijándola a la peña con las cadenas de uno de tantos ajusticiados en nuestras guerras fraternas. Tu dolor sagrado, como otras veces se unió, con maternal ternura, al dolor humano.

Así quedaste, izada allí, como una bandera de apacible llamamiento, en la horridez de aquel paisaje destinado a ablandarse en la ternura de tu mirada. Una estrecha playa y un río borbotante guardaron tu silencio, sólo interrupto por la plegaria de uno que otro viandante. Por largos años todo fue allí devota paz, hasta que llegara la era del tráfico impuesto por la nueva vida desplegada en nuestra tierra.

Pero tu Presencia Augusta, con suavidad imponía bendita quietud y lograba que los afanes materiales no violaran el silencio en torno al diminuto santuario que, desde lo alto, con ternura presidías. No hubo viandante que no detuviera el paso y te dirigiera una filial mirada devota. Tú, la llamada Puerta del Cielo, en aquella aspérrima oquedad te tornaste en puerta del caminar apresurado pero, al mismo tiempo, en signo de amor y en urgencia de oración. Te convertiste en la Puerta del Tiempo, en la hora exacta de un interminable Angelus matutino, meridiano y vespéral. Todo el día pasaba la plegaria ante tus plantas, igual que el claro rumor del río.

El devoto fluir de la oración de los viandantes contrastaba con la adusta quietud del sendero entre las montañas, acostado al fondo de ellas, como un inmenso dragón sinuoso, satánica serpiente dormida, pero lista a volcar su feroz odio sobre los mortales caminantes. De su sueño milenario despertó la dormida potencia cósmica y, rabiosa, sacudió las moles pétreas, hasta derribarlas y convertir al borbotante río en letal laguna oscura. Las tremendas fuerzas del seno de la tierra, con toda su bárbara monstruosidad han dicho un imperativo no a los afanes de los pacíficos viandantes de la senda acostada al fondo del Tahual.

Hoy, Madre Bendita, sólo impera el roquedal. La dulcedumbre de tu mirada buscará en vano, a los apresurados viandantes de la tortuosa senda. Tu imagen quedará escondida entre hoscos peñascales. Y en el filial amor de tus devotos, tu recuerdo será el epitafio de la catástrofe.

Amén.

Gabriel Cevallos García



ALOCUCION

De Manuel María Palacios Bravo en honor de Nuestra Señora de la Universidad.

Señores:

Estas fiestas universitarias que, a pesar de cierta contraposición de ideas religiosas, se celebran en homenaje de piedad y amor a la augusta Madre de Jesús son algo así como el testimonio de que la Virgen María no se resigna a abandonar a la brillante juventud de la Universidad cuencana. Parece que la amantísima Madre se resiste con todo el poder del amor maternal a dejar su puesto en medio de los suyos, decidida a agotar ternuras y esfuerzos para no separarse nunca de aquellos que eligiera para blanco de sus predilecciones.

En los naufragios de la fe, lo último que desaparece a los ojos del naufrago es la divina Estrella de los Mares, que insiste en alumbrar hasta los postreros instantes la inmensidad sin caminos del piélago traidor.

Almas hay que, habiendo renegado tiempos ha, de Jesucristo, de la Iglesia, no se atreven a renunciar del todo al amor de María y conservan para Ella un resto de piedad filial, que es como un faro de esperanza que sostiene, a lo lejos, la mano de Dios... Mientras la Virgen María siga de pie en estos recintos, de pie se mantendrá también la esperanza de maestros y discípulos, a pesar de vacilaciones, de dudas, de desalientos tan posibles en estos días de caída universal. ...

Conducido Balaam a la cima de un monte para que maldijera al pueblo de Israel, no se atrevió a llenar su cometido; al contrario, prorrumpió en bendiciones para la santa estirpe de Abraham porque sobre ella veía levantarse, radiante y triunfadora, la Estrella de Jacob.

Quién no romperá en bendiciones, y enhorabuenas, en augurios de paz, de esperanza, de ventura para esta ilustre Universidad, sobre la cual se levanta, como astro sin poniente, la Inmaculada Virgen María, cuyo manto fue protección y defensa para el mismo Dios!...

Cuán feliz la escuela donde Ella ejerce su dulcísimo imperio. El primer colegio cristiano que María presidió fue el de los Apóstoles; desde entonces le asiste el derecho de vigilancia maternal sobre todas las aulas que se acogen a la soberanía de la Cruz...

Señores, al trazar estas líneas, los temas han bullido en mi mente; mas, ya que os hablo en una Universidad, de Universidades quiero hablaros, y como el motivo de estas fiestas es la Virgen María, LAS UNIVERSIDADES Y MARIA deben ocupar vuestra atención en este breve y sencillo discurso.

No es posible tratar de ninguna de las grandes instituciones que han contribuido al bienestar y progreso de la familia humana, sin señalar la fuerza creadora de todas ellas: la Iglesia de Cristo.

Para que el siglo actual desconozca el acervo de bienes que la Iglesia ha dispensado al mundo, para que reniegue de ella y la rechace como a un estorbo de la humanidad, me parece que le es menester un esfuerzo de injusticia y de ingratitud.

Aun el odio, para ser menos inhumano, ha de guardar ciertas normas de decencia y buen tono; ha de ser odio, en lo posible, razonado. Odiar a priori, odiar sin conocimiento de causas, odiar por instinto, por sistema, por motivos aprendidos y jamás estudiados, es tan degradante y triste para el corazón humano, que al punto aquella su pasión se confunde con el furor de la bestia salvaje, para la cual la ferocidad es toda su satisfacción y alegría...

Así, gratuitamente, fue odiado Jesucristo; así, injustamente, es odiada la Iglesia, no obstante de que las páginas de su historia, veinte veces secular, son otras tantas hojas de servicios con que ella se presenta al linaje humano para exigirle, si no recompensas de admiración y amor, siquiera sentimientos de cortesía y respeto debidos a su gloriosa antigüedad en el ministerio de hacer el bien a los hombres y de civilizarlos.

En fuerza de su altísima misión supraterránea, la Iglesia, a despecho de los hombres, ha venido a constituirse, desde su aparición sobre la faz de la Tierra, en centro del mundo político y moral: en torno de ella se mueven imperios, reinos, repúblicas, y también escuelas, filosofías, sistemas, principios, doctrinas. La iglesia es lo estable de la

humanidad, todo lo demás viene y va a guisa de secundario y eventual; de firme en el mundo; preside la historia con la majestad de lo inmutable; contempla la sucesión de las generaciones, despidiendo a unas y saludando a otras; amada u odiada, bendecida o maldecida, ejerce la soberanía de los siglos, no bajo los auspicios de la política, efímera y voltaria; no por querer de los hombres ni basada en principios deleznable de invención humana, sino por la voluntad de Dios y sostenida por aquello que es lo único eterno en el mundo espiritual: la Verdad, la Justicia, el Amor.

Solamente cuando la Iglesia, este argumento viviente del poder de Dios y de la divinidad de Jesucristo, haya sido definitivamente sepultada entre los despojos de las instituciones humanas, pudiera aceptarse cierto derecho a la incredulidad; mientras tanto, ésta lleva en sí la nota de la incomprensión o quizá de insensatez.

Avezada al martirio del odio y al martirio de la ingratitud, la Santa Iglesia de Cristo prodiga bienes con solicitud de madre y munificencia de reina, sin detenerse ante el rechazo de los que no comprenden lo sobrehumano de su misión, ni mucho menos ante las amenazas de sus verdugos; el hito de sus aspiraciones no se halla sólo en la perfección sobrenatural del espíritu, sino también en el bienestar integral de pueblos e individuos: ansía los bienes de la paz, la concordia universal, los triunfos del trabajo, los adelantos de la industria, las sanas sorpresas del arte, la fecundidad del ingenio, los trofeos de la ciencia.

De que puede gloriarse el siglo actual que no sea fruto, al menos remoto, de la sorpren-

dente actividad y providencia de esta Institución asombrosa que no sabe de fatigas ni desconciertos en la realización de su magna empresa de llevar el mundo al culmen de la civilización cristiana?

De qué se gloria el mundo de hoy ? de sus bellas artes ? de su literatura ?

Bajo el manto de la Iglesia vinieron a asilar su inmortalidad los genios de Grecia y de Roma, en momentos en que la barbarie de las estepas, de los desiertos y de los bosques amenazaban tritular al galope de sus caballos quince siglos de cultura greco-latina. Desde el fondo de las Abadías y de los Cenobios, los genios aquellos han sido el núcleo, la fuente, el origen de todo lo que después ha podido darnos de maravilloso y grande la cultura de los siglos.

De qué se gloria el mundo actual? de su ciencia?

Hermosos volúmenes de simple y llana historia nos hablan del impulso dado por la Iglesia al desarrollo de las ciencias, demostrando así que, recibida de su Fundador la misión de ser luz del mundo, le place alumbrar no sólo las regiones altísimas de los destinos eternos, sino también los horizontes inferiores hacia donde se orientan las aspiraciones de la humanidad.

De qué se gloria la civilización moderna? de sus grandes y múltiples universidades?

Señores, la Iglesia es la creadora de la Universidad. Ella, después de haber levantado templos al culto del verdadero Dios, quiso erigir también santuarios del saber, cenáculos de la ciencia donde el maestro, el sabio abra los tesoros de su sabiduría y los reparta entre los pocos escogidos que, dando de mano

a las bastardas ambiciones del resto de los mortales, busquen la quietud de la meditación, el solaz del estudio, el placer del pensamiento, las caricias de la gloria, para luego, a su vez, ir por el pueblo sembrando la santa semilla que ha de transformar en primavera la hosquedad de los desiertos y aun la sordidez del pantano.

De estos nobles anhelos de la Iglesia de Cristo surgen allá, a principios del siglo XI, las primeras Universidades del mundo científico: la de Bolonia, que llegó a contar en sus aulas hasta diez mil estudiantes, y la celeberrima Universidad de Paris que debía transformar a la nobilísima Lutecia en la Atenas del Universo.

La fundación de esta Universidad fue para Francia el despertar de su vocación científica mediante la cual élla debía ejercer, a través de los siglos, el doctorado de las naciones casi en todas las disciplinas de que puede enorgullecerse el ingenio humano. Pronto, la fama de tan ilustre Universidad invade todas las naciones de Europa y atrae hacia sí aquello que de más florido y brillante pudo encontrarse en las metrópolis y ciudades de los reinos. Paris se conqestiona de sabios y de varones ilustres por la literatura, la filosofía, el derecho, la medicina, la teología, la historia. La avidéz de ciencia se convierte casi en manía; mientras los discípulos pugnan por la primacía de las aulas, los maestros luchan por la inmortalidad; el ambiente científico cunde desde Paris a todas las regiones del globo, y nace la enciclopedia con Roger Bacon en Inglaterra, con Alberto el Grande en Alemania, y en Francia, con el dominico Vicente de Beauvais, quien escribe su obra colosal llamada por él audaz y justí-

cieramente "Biblioteca del Mundo". Este fraile, yendo más allá de los tímidos atisbos de algunos sabios de la antigüedad, da por primera vez la afirmación rotunda de que la tierra es esférica y traza, tres siglos antes, la ruta que debían seguir los delirios náuticos de Colón.

Gracias a su Universidad y a la gran Sorbona fundada por el modesto capellán de San Luis, Pedro de Sorbone, Paris es apellidada en la Edad Media "Maestra del mundo"; después en la Edad Moderna, se la debía conocer bajo el renombre de "ciudad luz". Esta diadema de luz la gloriosa Capital de Francia debe, en principio, a la Iglesia cuyas sienes, alguna vez, élla ha cercado de espigas...

Ante el éxito obtenido por las Universidades parisienses, el anhelo de los Papas fue poblar de Universidades la Europa. En la misma Francia, Gregorio IX establece la Universidad de Tolosa, Nicolás I la de Montpellier, Benedicto XII la de Grenoble, Martino V la de Besançon, Eugenio IV la de Bordeaux, Pío IV la de Lila.

En Italia, Nicolás IV funda la Universidad de Macerata, Bonifacio VIII la de Roma, Clemente VI la de Florencia y la de Pisa, Bonifacio IX la de Pavía y la de Ferrara. También en nuestra España fue de la iglesia la misión de conquistar para el imperio de las letras y los encantos del arte al pueblo español, uno de los de más alto vuelo entre los de la familia humana. La gloriosa Universidad de Salamanca, faro el más luminoso de la Edad Media y aún de la edad de oro de la literatura española, nació de la Catedral de su nombre, y el Papa Alejandro IV la declaró uno de los cuatro centros de cultura científi-

ca del mundo, con todos los fueros y prerrogativas de las grandes Universidades de Europa. Este esclarecido baluarte de la ciencia debía gloriarse con los nombres de Suárez, de Vázquez, de Soto y del dominico Vitoria, fundador del Derecho Internacional y cuyos postulados jurídicos son hoy el desideratum de la Liga de las Naciones en Ginebra. Después de que Valencia debió su Universidad al Obispo Dn. Tello; Valladolid, al Papa Clemente XI; Galicia al Arzobispo don Alfonso de Fonseca; la imperial Toledo, al Maestrescuela Don Francisco Alvarez, surgió, rival de la de Salamanca, y fundada por el inmortal don Francisco Jiménez de Cisneros, la famosa Universidad Complutense en Alcalá de Henares, centro de los mejores cerebros de la época, gloria la más legítima con que resplandeció España en el siglo del Renacimiento y de la Imprenta. Obra casi exclusiva del Clero y de los Papas son las treinta insignes Universidades castellanas y aragonesas, la mayor parte de las cuales han desaparecido después de haber levantado a los más altos planos de cultura espiritual el alma española.

Que nos digan, pues, las naciones del orbe cual es la participación que a la Iglesia ha cabido en el desarrollo de la vida científica del universo. Que nos diga Inglaterra si sus dos primeras universidades, la ilustre de Oxford, fundada y sostenida por monjes y frailes, y la no menos célebre de Cambridge no han sido el florecimiento intelectual y quizá también industrial de la opulenta nación que hoy se gloria con el título de Soberana de los Mares. Que nos diga la sabia Alemania lo que deben sus conquistas del pensamiento a sus dos primitivas Universidades, la de Heidelberg fundada por Urbano VI y la

de Baden fundada por Calixto III.

Y a esta Iglesia creadora de la Escuela, de la Academia, del Colegio, de la Universidad se la llama enemiga de la ciencia, antro de sombras, retrógrada, hostil al progreso, retardatriz. Si esto no se llama injusticia, señores, afirmad que las injusticias humanas, no existen, que el mérito es un engaño, que la gloria está a merced del capricho, que para juzgar con acierto de la Iglesia y sus obras es suficiente saberla odiar...

Se dirá que hoy gran parte de las Universidades del globo han vuelto sus armas contra el catolicismo. Esto no es una novedad en la historia de las veleidades y traiciones de los hombres. Ya, hace veinte y siete siglos, escribió Isaias: *Filios enutrivivi et exaltavi; ipsi autem spreverunt me.* "Crié hijos, y los engrandecí, y éstos me desecharon y despreciaron"...

Os he hablado de la inauguración de las ciencias en el orbe, realizada por la Iglesia, pero nada os he dicho aún del Trono de la Sabiduría, de la Madre que meció la cuna, por decirlo así, de la Universidad católica. Cómo suponer siquiera que aquellos santuarios de las letras, surgidos del celo ardiente de los Pontífices, de los monjes, de los frailes, no hubiesen sido puestos bajo la tutela y las bendiciones de la Madre de la Sabiduría encarnada, de la excelsa Virgen María?

Con cuatro palabras, la historia nos manifiesta el puesto que cupo a la divina Señora en las Universidades de que os he hablado: *Salutata Deipara Virgine, conciones fiebant.* Después de saludada la Madre de Dios, el maestro explicaba, desarrollaba su tesis, como si dijéramos, "hacía la clase". *Salutata Deipara Virgine*, luego en esas

gloriosas aulas, prendida en uno de sus muros, visible a todos, sonriente, destacándose entre nimbos de luz, la divina Madre presidía las faenas científicas de maestros y alumnos, iluminaba sus inteligencias, bendecía sus anhelos.

El darse a la vela hacia las inmensidades de la ciencia es tan halagüeño y peligroso como aventurarse a los misterios del mar; también en esas travesías hay escollos y peligros que nunca se previeron; también en aquel océano de profundas lejanías vamos sujetos al asalto de tempestades que nos traen zozobras que nunca sospechamos; y, así como María es el amparo del nauta bajo la invocación de Estrella del Mar, así lo es para el que se engolfa en los abismos de la ciencia, bajo esta otra expresiva aclamación: *Sedes sapientiae*, Trono de la Sabiduría. Quizá este título glorioso, diariamente repetido por el pueblo cristiano, trae su origen de las primitivas escuelas y Universidades católicas, título con el cual se ha querido reconocer en la Virgen María su prerrogativa de maestra y doctora universal de las almas.

Hermoso es, en la historia de María en la Universidad, aquel como pacto universitario acordado por la Sorbona de París en 1576, y aceptado después, sucesivamente, por las Universidades de Maguncia, de Colonia, de Valencia, de Alcalá, de Salamanca, de Nápoles y otras muchas, de defender y propagar siempre y en todas partes la doctrina de la Concepción Inmaculada de María. "Decretamos y declaramos que nadie será admitido en adelante en nuestras facultades, que no preste juramento de sostener en toda su vida la doctrina de la Inmaculada Concepción". *Statuentes ut nemo deinceps huic nostro collegio adscribatur,*

nisi se hujus doctrinae assertorem semper pro viribus futurum simili juramento profiteatur.

Por lo que se ve, María es la universitaria más antigua, trae nueve siglos de universidad; Ella no se retira de las aulas sino cuando es violentamente separada por la impiedad de sus hijos.

Distinguidos profesores y alumnos, no expulséis nunca a la Madre de Jesús de vuestra Universidad. Si me dijereis que sólo por cortesía acudís a sus fiestas anuales, que persista en vosotros este noble sentimiento; y también por cortesía para con la excelsa Señora, llevadla a la casa nueva, al Palacio marmóreo que acabáis de construir; esta cortesía puede ser para vosotros principio de misericordia; es muy posible que, si vosotros le abríis las puertas de vuestro nuevo plantel, María no os cierre las puertas del Cielo...

Señores, no dudo que entre los que me escucháis muchos sentís aquel angustioso vacío de que se lamentaba un filósofo y libre pensador de nuestra época, Jouffroy. Cierta día, según él lo cuenta, después de sus triunfos obtenidos en París por la publicación de sus libros, hallándose en su pueblo natal, entra instintivamente a la iglesia, se arrodilla, levanta los ojos; en su derredor reina un ambiente de paz y misterio; en el altar está el viejo párroco que él había conocido en la infancia y cuyos cabellos habían encanecido. "Entonces -copio sus palabras- me contemplé a mi mismo, dice, en mi alma no hallé más que tristeza y ruinas. En otro tiempo, en estos mismos bancos de la iglesia, sobre las rodillas de mi madre, que ya no estaba allí, supe el origen y el fin de la vida, pero el viento de la duda sopló sobre mí y ya no quedó nada... Terrible momento

aquel en que ya no hay nada que se mantenga en pie dentro del alma...Oh!, exclamé entonces: Dios mío, devolvedme la fe de mi madre!"...

Señores, decidme si alguna vez en la desolación que deja en el espíritu la fe extinguida, como una antorcha apagada en medio de la obscuridad de inmenso cementerio, no os sentís impulsados a levantar los ojos al cielo clamando: ¡Dios mío, devolvedme la fe de mi madre!...

En cuanto a vosotros, universitarios católicos, no otra cosa sé deciros, para terminar, sino recordaros un pasaje histórico.

Nadie, en la Tercera Cruzada, conquistóse mayor fama como el noble Rey de Inglaterra, Ricardo, llamado por su arrojo en las batallas y sus proezas en los más sangrientos lances de la guerra, **Corazón de León**. Próximo a la muerte el Caudillo, dicta su testamento, y, en un arranque de nobleza caballeresca y cristiana, instituye por heredera de algo que cree lo mejor de sus tesoros a Nuestra Señora de Ruán. Con las solemnidades de estilo, dispone que su corazón, encerrado en una caja de acero, sea colocado a los pies de su celestial legataria, como último homenaje del soldado y del rey a la Emperatriz del Cielo y de la Tierra. Su voluntad fue cumplida; y aquel corazón, el más valiente de cuantos hayan latido jamás bajo la coraza de un caballero, fue colocado en urna de plata allí donde había soñado el héroe...

Jóvenes católicos, vosotros invertir este orden. Primero el corazón, en urna de oro, a los pies de la Virgen; después, a luchar por Dios y la Patria, como Ricardo Corazón de León...

MANUEL MARIA PALACIOS BRAVO

1934



CONFIDENCIAL

*Que puede darte, oh Reina, mi bajeza
a Tí que humillas a los cielos mismos!...
Si se encuentran mí nada y tu grandeza,
se ponen frente a frente dos abismos...*

*No sé por qué, Divina Madre Mía,
cuando quiero cantarte,
siento que huye de mí la poesía,
y que el silencio me aconseja... ¡su arte!...*

*Me parece que todos los Querubes
que bordan con sus alas de diamante
tus peldaños de nubes,
y cantan, sin acierto, tu hermosura,
al verme con mi lira, sollozante,
me dicen: Calla... ¡pobre criatura!...*

*Si en el concierto de armonías santas
con que todos los seres te engrandecen
hay píllagos que rugen a tus plantas,
ciclones que las frondas estremecen,
volcanes que enronquecen sus gargantas;
díme, oh Emperatriz del universo,
¡quién va a escuchar la nota con que trina,
como una sombra convertida en verso,
la enlutada, la triste golondrina!...*

El mismo Juan, de tu Jesús mimado,
copia apenas la gloria en que te inflamas
cuando dice que el sol, enamorado,
te viste con su túnica de llamas;
que a las hebras de luz de tus cabellos
se prenden, cual rocío, las estrellas;
y que la Luna, que tu albor retrata,
por sentir la blandura de tus huellas,
de Ti implora, avivando sus destellos,
que hundas tus pies en su crespón de plata...

Los altos Serafines que, de hinojos,
te ven surgir, cerca de Dios, enhiesta,
con los ojos prendidos en tus ojos,
atónitos preguntan: *Quién es Ésta?*...

Y cuando a los clamores que, así, estallan,
Dios te besa las sienes en respuesta,
mudos de asombro, sin cantarte, callan...

Nadie que no comprenda tu realeza
digno será de que tu nombre alabe.
Cuánta sea tu gloria y tu grandeza
nadie lo sabe... ¡Sólo Dios lo sabe!...

Sólo Dios... Y por esto, al verte pura,
cumbre y flor de sus grandis maravillas,
libre del crimen que en Adán maldijo,
resolvió, en fuerza de eternal ternura,
que un ángel te pidiese de rodillas
que a El, su Creador, le hicieras tu hijo...

Y Dios vino a tu seno, de la altura
-¡sin que haya nombre que al misterio cuadre!-
como si te mostrara en ese anhelo
que el tenerte por madre
era algo como la única ventura
que le faltara en la amplitud del Cielo...

Después... Constelación jamás menguada
de misterios sin cuento
brilla en tu inmensidad inmaculada,
como en la inmensidad del firmamento,
sin límites prescritos,
entre pliegues de sombra desgarrada,
resplandecen los soles infinitos...

Con razón, los Querubes
que bordan con sus alas de diamante
tus peldaños de nubes
y cantan, sin acierto, tu hermosura,
me dicen: Los fulgores de su gloria
no pueden mendigar luz, de la escoria:
adora y calla... ¡pobre criatura!...

¡Sí, porque eres tan grande, Madre mía,
que al mismo Dios cobijas con tu manto;
otra vez, sin concierto ni armonía,
de mi empeño desisto... ¡No te canto!...

MANUEL MARIA PALACIOS BRAVO

1929

LA MUJER DE LOS MISTERIOS

*Con las torturas del dolor postrero,
Jesús, el que es Verdad, Vida y Camino,
al hombre está pagando en el madero
la culpa sin igual de ser Divino...*

*La pena que no sienten los mortales
rasga el seno de rocas y montañas.
Mientras ululan vientos funerales,
la Tierra se estremece convulsiva,
porque la cruz clavada en sus entrañas
le duele como dardo en carne viva...*

*Tiembla de horror la Creación entera;
el mismo Sol parece que agoniza,
y apagando las llamas de su hoguera,
se cubre con un manto de ceniza...*

*Los espacios se enlutan. Densas nieblas
semejan en los cielos desolados
inmensos pabellones de tinieblas
con sierpes de relámpagos morados.
Entre las sombras que el confín dominan
tímidas las estrellas son balumba
de candiles que apenas iluminan
el Universo convertido en tumba...*

*Y allí está la Mujer de los Misterios!...
La Mujer que anunciaron los Profetas
al tañido de lúgubres salterios.
Desgarrada por mano inexorable,
asida al leño por la ley maldito,
siente cómo para Ella, la impecable,
se ha trocado en venganza el Infinito...*

*Dónde está el Angel que, en lejano día,
abatiendo hasta el polvo la cabeza,
con el Reino del Hijo, le ofrecía
el imperio del mundo a su realeza?...*

*Desecho de la plebe el Prometido,
de sangre con la púrpura vestido,
coronada de tribulos la frente,
tensos al sol los brazos lacerados,
muere con el baldón de delincuente
en la cruz donde mueren los malvados...
Y Ella ¡la Madre! en el misterio absorta
-misterio que a los ángeles aterr-
arrimada al patíbulo, soporta
la tragedia de Dios sobre la Tierra...*

*Dolor de los dolores soberano,
dolor más grande que el dolor humano!
Tal de inmenso es asombro y maravilla,
que los mismos Videntes del arcano,
al llorar a la Virgen sin mancilla
por el culpado de amarguras llena,
sólo pudieron ver desde la orilla
el pillago infinito de su pena...*

*Víctima y Madre!...Cristo en el suplicio
y Ella al tormento de su Dios unida
son dos hostias de un solo sacrificio...
En el mismo abandono abandonada,*

con los mismos dolores dolorida,
para medir su pena despiadada
la inmensidad de Dios es la medida.

Víctima santa del delito ajeno,
Inocencia vestida de pecado,
con los ojos hundidos en la altura
busca un asomo de piedad divina...
El brazo del Inmenso la tortura
y el martirio de siglos no termina...

Tiembla otra vez el Universo entero.
Desde la cruz el dulce Moribundo,
por la humana injusticia ajusticiado,
con un clamor inmenso anuncia al mundo
que ¡Todo está acabado!...

Grito solemne; ingente, indefinido,
voz que todos los ámbitos domina,
cual sí, al dolor, la inmensidad divina
se hubiese transformado en alarido...

También Ella, abismada en el tormento,
bien quisiera con fúnebres clamores
la redondez llenar del firmamento
y en la hondura morir de sus dolores...

Con majestad de Reina, sin embargo,
aunque la oprima la ansiedad del grito,
muda con la mudez de lo infinito,
la Mujer de martirios y esperanzas

se yergue sobre el monte ensangrentado
para ofrecer al Dios de las Venganzas
los despojos del Dios Sacrificado...

Venció, al fin, el Dolor a la Justicia.
¡Paz a los hombres!... El Eterno mismo
ante el cadáver de Jesús se ablanda

porque en él cada llaga es un abismo
que, dando voces, salvación demanda...
¡Cómo surgen las almas redimidas!
Vencidos del Pecado los Imperios,
deshechos quedan de Satán los yugos...
Y la santa Mujer de los Misterios,
adorando las cárdenas heridas,
bendice la crueldad de los verdugos
y besa el corazón de los dicidas...

MANUEL MARIA PALACIOS BRAVO

1943

EX LIBRIS

El día treinta y uno de mayo del año del Señor de mil novecientos noventa y tres se celebró en la Universidad de Cuenca, por nonagésima ocasión, la Fiesta de la Reina Universitaria, bajo la advocación de Sedes Sapientiae. Acudimos a sus plantas, autoridades, profesores, estudiantes, empleados y trabajadores, quienes nos sentimos cobijados por la divina dulzura de sus ojos.

Centro de Documentación "Juan Bautista Vazquez"



PUBLICACIONES DEL

054744

CULTURAL DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA

